

Luis Arenas (ed.). *El efecto Deleuze*. Zaragoza, Erial, 2016.

Gilles Deleuze, ya desde su *Lógica del sentido* y siguiendo a los estoicos, aúna efecto y acontecimiento. El acontecimiento es un efecto, pero no un efecto antecedido por una causa en el mismo plano sólo que con una diferencia según el antes y el después, sino que es de otra clase (Deleuze 1969: 28). Este efecto del cual se trata, el incorporal, posee una doble causalidad: por un lado, los cuerpos y, por otro lado, los otros acontecimientos como cuasi-causas (Deleuze 1969: 111).

Podemos decir que, entonces, y frente a pensamientos más grandilocuentes como aquellos de A. Badiou o S. Žizek, tan en boga en estos tiempos, el acontecimiento, efecto de superficie, entre dos series, dos ámbitos, atmosférico; no es un hito histórico puntual. No se trata de un “golpe” perteneciente a una historia caliente como la denomina C. Lévi-Strauss (2001: 32-ss) y como M. Serres en su *Atlas* (1995: 18) muestra también, en la misma línea, denunciando la espectacularidad estéril de la negación y la crítica destructiva por doquier. Tampoco es, por último, una trascendencia ideal respecto de la cual tengamos que ser fieles (Badiou 2010: 14, 22). El acontecimiento, el efecto *en* Deleuze, es, pues, algo más pequeño, “menor”, subversivo en lugar de transgresor, permanece en la superficie de la tierra y no en las alturas.

El libro que tratamos, *El efecto Deleuze* es como el efecto *en* Deleuze, todo un acontecimiento que ha llegado recientemente a las librerías. Y, como el acontecimiento deleuziano, su germen es modesto, su editorial no muy conocida y los inteligentes artículos reunidos en el volumen están muy bien trabajados, de manera rigurosa y sobria. Muchos de quienes escriben en este volumen son grandes profesores con quienes aprendemos a estudiar las mejores virtualidades de Deleuze y el libro establece el puente que es la filosofía incluso entre continentes. En un mundo cada vez más lleno de peticiones de posicionamientos fuertes y viriles o de páginas y páginas efectistas y huera, *El efecto Deleuze* supone, verdaderamente, un punto a partir del cual o con el cual pensar.

El compendio es breve y se lee con una velocidad asombrosa ya que está muy bien escrito y las aportaciones son muy lúcidas e interesantes, abriéndose, sobre todo, al campo de las artes y de la estética. La introducción de Luis Arenas ya es todo un artículo y una toma de posición la cual propone leer el efecto en Deleuze en clave semiótica, en concreto, de una semiótica invertida acompañando la inversión del platonismo. Dicho acontecimiento de una “semiosis infinita” consistiría en la creación de nuevos lenguajes que produzcan más que fijar y puedan vivir tartamudeando, así como que sepan fracasar. Que se atrevan a la imposibilidad inmanente de fijar, en lugar de generar un éxito fosilizado y, por ello, violento.

Tras este comienzo plagado de virtualidades, caminos y puertas, el libro da lugar al texto de José Luis Rodríguez García, uno de los mejores y más productivos especialistas en Deleuze del país. La coyuntura de José Luis Rodríguez entre el marxismo, la teoría literaria y Deleuze (Rodríguez 2011) conduce a su

artículo a encarar la cuestión compleja de los “personajes conceptuales” en la filosofía del pensador francés. En efecto, el planteamiento parte de notar que todas las referencias a la literatura, centrándose en Carroll, Kafka y Artaud —en ese orden— funcionan en Deleuze de un modo intermedio o de mediación; es decir, sirven para generar pensamiento. Pero, más que ser lugares de tematización o conceptos, acompañan los razonamientos, van pegados a ellos como su afuera no-filosófico. Así, las “figuras estéticas”, lejos de ser una mera ilustración de lo pensado —lo cual se deduciría de no ser un término de cuestionamiento— devienen el lugar de la multiplicidad exigida por las conformaciones colectivas de enunciación en la actualidad (Arenas 2016: 57). Éstas requieren de las “figuras estéticas”, según J. L. Rodríguez con Guattari, precisamente por tener ellas este carácter mediador, múltiple y rizomático; esto es, porque la responsabilidad de la instancia creativa no puede alejarse trascendentemente del mundo en el cual estamos; mundo que ya no es ni fijo, ni origen, ni término en sí. El artículo de Beatriz Elena Acosta prosigue con la función de la máquina literaria que ha sido abierta por J. L. Rodríguez y amplía su campo, saliendo de los límites de Deleuze mismo y aplicando procedimientos deleuzianos para crear nuevos conceptos, afectos y situaciones con literaturas como las de Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar o, sobre todo, Tomás Carrasquilla y Ernesto Sábato.

De la literatura el libro da un giro al cine con el magnífico artículo de Juan Diego Parra. Este texto complejo, tras separar al cine tanto de la *mimesis*, como de la narración —o al menos de determinadas formas al uso de narración— se introduce de lleno en las potencias de lo falso en Deleuze. De este modo, lo falso como condición reflexiva nos lleva a poder vincular y desvincular tradiciones y pueblos. Así, no se puede medir la distancia, por ejemplo, de nuestra cultura con la Grecia clásica o con los pueblos amerindios arrasados en la conquista. “El carácter narrativo deja de ser tonal para volverse modal” (Arenas 2016: 136), es decir, la dinámica persepectivista e incluso simultánea surge en lugar de una tonal que establezca un orden de sucesión y alcances fijos; siendo así que la modulación y mediación comienzan a comprenderse como posibles y como condiciones mismas. Sin embargo, ello no conduce a un relativismo, pues hay un punto absoluto que consiste en la esencia del cine según este buen texto, y es que en el interior del cine no encontramos ni una autoría, creada a imagen y semejanza de la novela burguesa (Rodríguez 2017), ni una verdad, ni un referente; sino un “otro”, siempre pasivo, que impide pensar (Arenas 2016: 148). Es decir, el cine produce el encuentro del pensamiento con su propio límite, con su propio criterio de productibilidad.

En el mapa de artes y pensamientos deleuziano que es este libro, la siguiente parada, la consecutiva “*stasis*”, es la música; o quizá mejor, el ritmo y el territorio que marcan, de la mano de Santiago Auserón. El lúcido artículo del músico atiende una cuestión a nuestros ojos esencial y clave para comprender creativa y productivamente el pensamiento deleuziano. En efecto, ante las acusaciones que se le hacen a Deleuze de dualista, el dos está considerado por Auserón en el pensamiento del filósofo francés como un ritmo, al igual que el tres. Así se comprendería por qué Deleuze y Guattari van alternando un dualismo y una tríada en muchos de sus razonamientos, o por qué señalan que los dualismos hay que deslizarlos (Deleuze y Guattari 1980: 25), atendiendo a las *rhythmidzóména* o “sustancias que admiten ser ritmadas” (Arenas 2017: 173). De este modo, dice el músico:

La mera alternancia de números pares e impares en las cuentas rítmicas del verso pone en juego la función “testimonial” o relacional del complejo polirrítmico o —con otras palabras— libera la noción de ritmo puro. La tribu primitiva no aguarda los esquemas conceptuales para poner en marcha la máquina de abstracción.

Con ello, sitúa el ritmo, en completa combinación con el propósito musical de *Mil mesetas*, como condición ontológica y clave de lectura e intervención del pensamiento de Deleuze.

La arquitectura prosigue en el camino del territorio que el ritmo ha marcado en el artículo anterior y nos encontramos en la lectura con el escrito de Jorge León. El texto tiene la generosidad de analizar uno por uno los movimientos en arquitectura autoproclamados como deleuzianos, en concreto aquellos de la *Philosophy of Architecture* que pretende establecer las relaciones de lo arquitectónico, considerada autónomamente, con el resto de disciplinas (Arenas 2017: 185). El resultado de la investigación y crítica o criba no es muy halagüeño para estos movimientos más nominales que otra cosa. Jorge León desmonta en cada caso las capturas que estas actividades hacen del pensamiento del filósofo. Lo hace notando, por un lado, cómo detrás de cada proyecto encontramos tanto el sustantivismo y racionalismo al cual estamos acostumbrados, siendo los conceptos deleuzianos meros “ornamentos”; y, por otro lado, cómo subyace una intención de generar objetos de consumo también muy al uso. Todo lo contrario de las *heterotopías* o fenómenos también arquitectónicos como el 15M, lo cuáles producen de un modo más cercano al pensamiento de Deleuze y a las propuestas de León.

Llegando hacia el final de este libro, en el penúltimo lugar —recordamos que Deleuze indica que siempre hay que negociar la penúltima (Deleuze y Parnet 1995)—, el artículo de Juan Manuel Aragüés retorna a la cuestión política que atraviesa subterráneamente todo el libro bajo las diversas caras de las artes y la estética. El texto de Aragüés retoma la cuestión de qué hay después de la crítica y disolución de los objetos y los sujetos y si se puede mantener una política bajo esos presupuestos o, más bien, sólo hay silencio e inacción como muchas críticas han señalado al respecto de Deleuze ya que éste no añade un “proyecto” político fijo ni se lanza a predecir futuros cual visionario. A partir de los hilos deleuzianos con Spinoza y las nociones comunes, Negri, Castoriadis o la propia propuesta bajo los mismos postulados de Marx y Engels, Aragüés formula una *imaginación materialista* que pueda producir dichas nociones y, si bien, no planificar un futuro que sería una extensión del presente, sí generar lugares y *kairós*; vías de alegría y agencia política en la escucha y la traducción.

Y, por último, encontramos el artículo de Juan Gonzalo Moreno Velásquez el cual, bajo el rótulo de “Esto no es una metáfora”, nos conduce directamente al plano de inmanencia deleuziano. En efecto, atravesando el mapa de los lugares donde Deleuze critica lo metafórico, Moreno conduce y termina el volumen de recopilación de pensamientos transversales en el ondulante desierto mesetario deleuziano en los verbos y las metamorfosis. Así, retornando a Kafka y las puertas, este libro termina, pero relanza todas las cuestiones al porvenir y a la posible construcción de eso tan apelado por Deleuze y todos quienes estamos atravesados por sus efectos: otros modos de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Badiou, Alain (2010) “La idea de comunismo” en Analia Hounie (comp.) *Sobre la idea de comunismo*. Buenos Aires: Paidós. Pp. 17-32.
- Deleuze, Gilles. (1969) *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós, 1989.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. (1980) *Mil mesetas, Capitalismo y esquizofrenia 2*. Valencia: Pre-textos, 3ª ed. 1997.
- Deleuze, Gilles y Parnet, Claire (1997) *L'Abécédaire de Gilles Deleuze*. Paris: Editions Montparnasse.
- Lévi-Strauss, Claude. (2001): *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*. México: S. XXI.
- Rodríguez, José Luis (2011) *El hilo truncado*. Zaragoza: Eclipsados.
- Rodríguez, Juan Carlos (2017) *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*. Madrid: Akal.
- Serres, Michel (1995) *Atlas*. Madrid: Cátedra.

Amanda Núñez García
Facultad de Filosofía, UNED
amanda@fsof.uned.es